



MITIN Azaña, durante un mitin en la plaza de toros de Bilbao el 9 de abril de 1933.

●●● (Viene de pág. 1)
nueve cuadernos de sus diarios con la intención de que los pusiera a salvo fuera de España. Leyéndolos algún tiempo después, Rivas Cherif se percató de que habían desaparecido algunos cuadernos cuyo número estimó en dos, aunque en realidad eran tres. El ladrón había sido un vicecónsul llamado Antonio Espinosa San Martín que, deseoso de granjearse la simpatía de los alzados, pensó primero en convertirse en espía a su servicio y después optó por la deserción robando algunos documentos de escasa relevancia, con la excepción de los citados diarios de Azaña.

De éstos, el primero —quinto de la colección completa— proseguía el relato de 22 de julio de 1932 y continuaba hasta el 10 de septiembre, haciendo así referencia al fallido golpe militar de Sanjurjo; el segundo recogía datos esenciales acerca del debatido episodio de Casas Viejas y de la política obstructionista del Partido Radical y, finalmente, el tercero cubría la decadencia y caída del gobierno azañista. Espinosa pasó con éxito —aunque también por la diferencia mínima— el examen de la Comisión de Depuración que decidió mantenerle en el escalafón de la carrera diplomática y los diarios cayeron en manos de Nicolás Franco. Fue éste —o quizá su hermano Francisco— el que consideró la posibilidad de uti-

FAMILIA Azaña, con uno de sus sobrinos apoyado entre sus rodillas, en una foto familiar.



lizarlos como un arma ofensiva contra el bando republicano. Con esta idea en mente, los entregó a Joaquín Arrarás, jefe de los Servicios de Propaganda e historiador oficial-oficioso del nuevo régimen.

El 18 de agosto de 1937 el «ABC» sevillano anunció la publicación de «Las memorias íntimas y secretas de Azaña». A lo largo de veintidós entregas, fieles al texto original, pero con recortes, fueron quedando reflejadas las opiniones nada misericordiosas que Azaña tenía de personajes como Fernando de los Ríos y Casares Quiroga, Prieto y Gordón Ordás, Marcelino Domingo y Margarita Nelken, o Besteiro y Ortega. Aquella publicación provocó irritación en personajes como Domingo, Prieto o De los Ríos, pero, en términos generales, no fue más allá, en parte, porque la mayor parte tenían ya escasa importancia (Prieto y Giral fueron las excepciones más importantes) y, sobre todo, porque la guerra ocupaba las mentes y los corazones de los españoles más que cualquier comida del pasado. Con todo, Azaña propuso canjear —infructuosamente— los cuadernos por un «buen escritor, falangista, Rafael Sánchez Mazas» y después por el obispo de Teruel. En esa actitud influía no sólo el pudor personal, sino también el temor a las reacciones internacionales, ya que en los cuadernos se incluían

referencias a una conspiración para llevar a Portugal hacia una República similar a la española y referencias negativas a Francia en unos momentos en que el futuro de la República dependía no poco de la actitud del país vecino. Concluida la guerra, los cuadernos cayeron casi en el olvido. En los años ochenta se produjeron algunos intentos por recuperarlos —el de Gonzalo Pontón, al que Serrano Suñer intentó desanimar, o el del socialista Enrique Barón —que concluyeron invariablemente en fracaso. Sólo cuando Carmen Franco hizo entrega de los mismos en 1996 a Esperanza Aguirre, ministra de Educación y Cultura del primer gabinete presidido por José María Aznar, pudo darse por concluido el periodo de extravío de los diarios.

Su publicación por Crítica constituye, por tanto, un aporte editorial e historiográfico de primer orden no sólo por el interés de la obra, sino también por lo cuidado de la edición y por el notable prólogo de Santos Juliá que, prácticamente, puede leerse como una introducción breve y sin desperdicio a la figura de Azaña como gobernante.

La lectura de los cuadernos de Azaña constituye un auténtico manjar para el interesado en la historia de la Segunda República en particular o la de la España contemporánea en general. Permite, por ejemplo, desechar mitos como el que afirmaba que Azaña fue responsable directo de la matanza en Casas Viejas o confirmar, si quiera indirectamente, hasta qué punto algunas de sus medidas legislativas como las reformativas a la enseñanza religiosa o a la expropiación de las tierras de ciertos sectores nobiliarios perseguían no sólo la realización de reformas sociales, sino también debilitar de la manera más absoluta el poder de segmentos sociales a los que veía como enemigos. A la vez, los cuadernos obligan a rechazar las visiones semimaniqueas del personaje. Si una línea historiográfica (representada entre otros por Carlos Seco y, posteriormente, por Javier Tusell) ha tendido a atribuir, si quiera en parte, el fracaso de la República a Azaña y a su falta de convicción democrática, y otra, bien representada por Santos Juliá, ha exonerado a Azaña de cualquier responsabilidad salvo la de no prever el 'vendaval', la lectura de los cuadernos lleva a pensar en una tercera interpretación. De acuerdo con ésta, es cierto que Azaña pecó de sectarismo, pero también lo es que él mismo no fue el responsable de la catástrofe. En realidad, no pasó de ser una de tantas excusas utilizadas por los enemigos de la democracia —desde el mismo 14 de abril de 1931— para alzarse contra ella.

Azaña opina sobre sus contemporáneos

SANJURJO EN PRISIÓN

“El informador trae referencias de Sanjurjo en el Dueso. El director y el administrador del penal son partidarios suyos, y le dejan hacer lo que quiere. Sanjurjo lo espera todo de un cambio de Gobierno, y afirma que si entrase Lerroxx en el poder, no consentiría en permanecer en el presidio ni un minuto más. Sanjurjo debe tener con Lerroxx una cuenta muy seria” (p. 197)

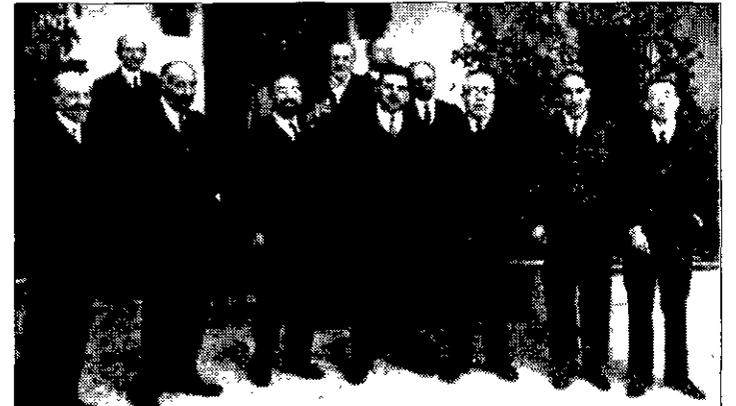
FRANCO Y LA REFORMA MILITAR

“He recibido en el ministerio al general Vera. Me dice que el general Franco está muy enojado por la revisión de ascensos. De hacer el número uno de los generales de brigada, ha pasado a ser el veinticuatro. Es lo menos que ha podido ocurrirle. Yo creí durante algún tiempo que aún descendería más. Se propone elevar una instancia *suplicando* que se revise su caso. Voy a enviarlo a mandar Baleares, donde estará más alejado de tentaciones.”

LERROXX Y DE LOS RADICALES

“Lo que Lerroxx quiere es que yo contraiga con él un compromiso para cederle el poder, o para combinar un gobierno que le satisfaga. Yo no entro en esos pactos... los radicales venían a las Cortes con el propósito de retirarse de ellas con cualquier pretexto... Planteada la obstrucción que tiene paralizadas las Cor-

La lectura de los cuadernos constituye un auténtico manjar para el interesado en la historia contemporánea de España



INTELECTUALES Manuel Azaña con Edouard Herriot, Fernando de los Ríos, Luis de Zulueta y, detrás, Salvador de Madariaga.

Es cierto que Azaña pecó de sectarismo, pero también lo es que él mismo no fue el responsable de la catástrofe

tes, el Gobierno piensa emplear sus medios para reformar el reglamento y facilitar la aplicación de la 'guillotina'”. (pp. 178-9)

LARGO CABALLERO

“Largo me dice que él y los socialistas, que están muy enojados con los radicales-socialistas, se hallan dispuestos a todo” (p. 193)

JULIÁN BESTEIRO

“Es mucho lo que Besteiro nos ha hecho perder con su flojedad; con otro Presidente, las Cortes llevarían dos o tres meses de adelanto sobre el estado actual de sus trabajos... Nadie ha gobernado con tanto desamparo como yo por esta parte” (p. 372)

QUEIPO DE LLANO

“De este general de dos metros comienzan a decir que se propone hacer esto y lo otro... Pero yo no lo creo. Lo que hará sin duda será proférer necedades, que las produce naturalmente... a él se debe, por su torpeza, uno de los mayores disgustos que tuvimos al comienzo de la República, cuando se decretó el cambio de mandos de la guarnición de Madrid, y él lo realizó brutalmente” (p. 251)

GIL ROBLES

“¡No sé cuántas comisiones he recibido en Guerra! Una de ellas venía presidida por ¡Gil Robles!... no le he dado la mano, ni al llegar ni al salir. Este danzante no se contenta con combatir nuestra política a lo que tiene derecho, sino que me cubre de injurias soeces por esas provincias, y lo menos que me llama es salvaje. Luego tiene el cinismo de venir a mi despacho a pedir estas o las otras cosas. Hoy se trata de la situación de Extremadura. Estaba muy azorado y nervioso. Yo le he escuchado sonriente” (p. 175)